

## **... Y que cumplan muchos más**

Hoy, cuando hablo con mis hijos de lo que hacíamos a su edad, percibo en sus gestos que términos como la «lucha por las libertades», «amnistía», «dictadura» o nombres como el de Franco les suenan tan lejanos y ajenos como a mí la batalla del Marne.

Con independencia de que en España siempre hay la tendencia a perder la memoria y contar las historias con cien años de retraso, es evidente que esa actitud de los más jóvenes implica que nuestro país ha dado un salto enorme en pocos años.

Hace veinte años, la generación más joven con derecho a voto había vivido su infancia y adolescencia en la España de la dictadura. La dictadura no es sólo un régimen político. Es un corsé de la vida. La ideología impuesta, el modelo educativo, la discriminación de las mujeres teorizada, la represión de todo tipo, social, cultural, sexual..., el aislamiento, la falta de perspectiva y, en fin, la frustración son los rasgos que conformaban la realidad de millones de personas en aquella España, afortunadamente ÚNICA.

Contra todo eso se luchó durante años y esa lucha dio como resultado generaciones activas, militantes que pugnaban por ganar las calles para reivindicar la democracia. Es frecuente oír la añoranza de aquella sociedad concienciada y ponerla de ejemplo a la juventud actual.

Creo, en cambio, que cada tiempo tiene su signo y prefiero tener que manifestarme por los derechos sociales o laborales, por defender el medio ambiente, o en solidaridad con mil causas pendientes y justas, que «saltar» por el derecho a manifestarme. No siento nostalgia alguna y ojalá ya nunca hagan falta héroes.

Lo malo de los dictadores no es el tiempo que están entre nosotros. Lo malo es la herencia genética que dejan en todos y cada uno de nosotros, me atrevería a decir que incluso al margen del sello político de cada cual. Es obvio que hay quien además tiene predisposición.

Si hago este recordatorio es para constatar la dificultad del viaje que se emprendía desde aquel Estado centralista y de instituciones blindadas, en el que las diferencias reales de los pueblos de España se reducían ofi-

---

\* Portavoz del Grupo Parlamentario de Izquierda Unida en la Asamblea de Madrid.

cialmente a estereotipos elevados a teoría política. En aquel reparto de cualidades sin par, los madrileños éramos personajes de la verbena de la Paloma.

El destino era la descentralización del Estado y que partiendo del entonces existente, era sinónimo de democratización. Nadie dudaba entonces que Catalunya, Euskadi o Galicia tenían una reivindicación histórica que era además prueba del final de la dictadura.

Todos comprendíamos que Andalucía necesitaba el autogobierno y aunque al principio contradecía todo lo estudiado, supimos que Cantabria no es Castilla.

Pero ¿Madrid? Los que nos rodean se organizaron y nos encontramos con que no teníamos nada que ver con nadie, si bien algunos pensaban que Madrid y el franquismo eran términos emparejados. Seguramente sí, aunque en frontal contradicción.

Veinte años más tarde, no cabe duda de que mereció el esfuerzo. Hoy somos responsables de la actuación pública en la mayoría de cosas que nos afectan cotidianamente. Cuando digo somos, digo todos. Conformes y disconformes con unas u otras decisiones, tenemos la posibilidad de apoyarlas, criticarlas o cambiarlas. Nunca fue así en nuestra historia durante veinte años seguidos.

Es frecuente desde diversos discursos, legítimos, pero quizá amarillentos por el tiempo, la crítica del Estado autonómico por su coste y dicen que por dispersión de la Administración al tiempo que confusión de los administrados. Sin dudar de los errores, me atrevo a decir que sólo el hecho de la cercanía a los problemas hace ya rentable política y socialmente la existencia de las instituciones autonómicas.

Cualquier diputado o diputada de Madrid conoce hoy el conjunto de ciudades y núcleos de población y tiene una idea formada de sus infraestructuras y conexiones, industrialización, problemas medioambientales, equipamientos y carencias, etc.

La articulación de la participación social a través de muy diversos mecanismos es la otra palanca que mueve el conflicto y la solución. No digo que todos los problemas se solucionen, digo que se conocen, y eso, en sí, es un paso.

Fortalecer la relación de los poderes democráticos con poder de decisión con el conjunto de los administrados es un reto a seguir desarrollando. Y desde ese ángulo entiendo el Pacto Local. Se trata de hacer las cosas más fáciles, mejor hechas, con mayor calidad y con un control cercano desde la participación.

Los servicios públicos inmediatos, de salud pública, transporte, relación con la administración, etc., y la atención a las personas, la educación infantil o la formación en determinados niveles, es decir, aquello que vivimos cerca no deberíamos gestionarlo lejos, en esos inmensos pasillos en los que nuestra necesidad es un número de expediente al que pertenecemos por completo.

Por paradójico que parezca, y aunque algunos insistan en que la globalización significa que todas las decisiones están tomadas, se puede demostrar, y se hace todos los días, que otra globalización más justa y solidaria

empieza en cada pueblo y ciudad, actuando democráticamente desde la solidaridad y la defensa de valores progresistas.

Hemos avanzado mucho desde una historia poco tranquila, y en los últimos años las transformaciones han sido enormes, pero Madrid aún encierra mucha desigualdad, muchas carencias sociales, mucha necesidad sin solución a la vista.

El Madrid de este siglo ya no debería permitirse que decenas de miles de ancianos vivan en la pobreza y mueran en soledad. Que sigan faltando plazas en escuelas donde los más pequeños comiencen su educación, o que trabajar sea un problema, tanto como no hacerlo, para personas que requieren servicios sociales de atención a la familia.

Hacer que las mujeres sean sujeto pleno de los derechos económicos, laborales, políticos y sociales es además de un bonito y resultón discurso, la necesidad de que el Estado contraiga la obligación de prestar servicios y atenciones que hoy recaen en las familias y, por eso mismo, de forma muy mayoritaria en las mujeres.

No se trata de hablar de multiculturalidad. De momento sólo de respeto a la dignidad de todas las personas y a sus derechos como tales.

Los derechos sociales de los parados son otro eje de igualdad que no puede ser tira y afloja de negociaciones en el Madrid civilizado. No puede añadirse al drama del paro laboral, la pena de la marginación social y cultural.

Son estas y algunas otras cosas las pruebas que aún tiene que superar esta Comunidad, y eso requerirá apuestas fuertes no sólo en las cosas, sino en las personas. Equilibrio territorial y social es el gran reto de los próximos años.

Y junto a todo ello, la contribución de Madrid al debate y configuración del Estado. Esta Comunidad es solidaria. No conocemos adjetivos para el que no es de aquí, porque tal caso aquí no se da. Es, quizá, la región más perjudicada por el centralismo desde una perspectiva política. Debemos tener no menos derecho que nadie a decir que valoramos todo lo que los demás valoran de sí mismos, pero también para explicar que no admitimos derechos históricos que prejuzguen jerarquías en cuanto a los derechos sociales y políticos de todos.

El plus de lo específico puede ser un valor que sirva a la identidad, pero no puede ser una frontera para la igualdad.

En fin, dentro de veinte años espero que nos sigamos leyendo y escribiendo y podamos decir que ha sido un placer.